



TOTORICAGÜENA, Gloria P.
Identity, Culture, and Politics in the Basque Diaspora
 Reno : University of Nevada, 2004. – 273 p. – ISBN:
 0-87417-547-X

Quiero empezar esta reseña señalando que estamos ante un trabajo cuyo valor fundamental estriba en hacer afirmaciones contraintuitivas sobre un complejo objeto de estudio, la diáspora vasca, que habida cuenta de que descansaba en el limbo de lo que “resta” por conocer, pues pocos han sido los trabajos que lo han abordado con rigor, se ha movido en el terreno de lo mítico. Lo que en buena parte ha conseguido Gloria Totoricagüena en *Identity, Culture and Politics in the Basque Diaspora* es, pues, abrir la *caja negra* de la diáspora vasca. Ha evidenciado así la complejidad de un objeto de investigación que es todo menos unívoco. Ha logrado, además, derribar prejuicios y superar visiones demasiado pegadas al tipo ideal de la diáspora judía, caracterizado por privilegiar el sentido de dispersión forzosa en detrimento del original griego que se correspondería, más bien, con connotaciones más positivas de migración voluntaria. Uno de los méritos de este libro es, por tanto, desdramatizar la diáspora y desvincularla de un imaginario de privación. Sólo a partir de esta desdramatización, que no banalización, es posible ver cosas que antes no se advertían.

La complejidad de la diáspora vasca radica en que en ella han convivido históricamente dos realidades: la temprana diáspora vasca asociada al significado de colonización activa y el exilio de la época franquista en el que resuena una experiencia más “traumática”. Pero más allá de estos dos tipos ideales/históricos de diáspora, en la actualidad se dibuja un tercer tipo más adaptado al globalizado mundo contemporáneo: una diáspora transnacional.

La diáspora vasca adquiere, así, carta de naturaleza transnacional. Prueba de ello es este libro, que habla de la diáspora no desde el centro, sino desde la propia diáspora. Baste una anécdota para ilustrar este extremo. La autora cuenta que el principal detonante de su investigación fue el primer Congreso Mundial de Colectividades Vascas, celebrado en Vitoria-Gasteiz en noviembre de 1995. Pues bien, en vez de observar lo ocurrido desde la actitud complaciente y ciertamente paternalista de quien recibe a los vascos de la diáspora en la *tierra de origen*, en lo que repara la autora es en la emergencia de una identidad estrictamente diaspórica (es decir, distinta de las identidades respectivas de la tierra de acogida y la tierra de origen) que posibilita la interacción en la tierra de origen entre vascos procedentes de distintos países. La tierra de origen deja de ser, así, una tierra a la que regresar, para convertirse en una suerte de *conmutador* de relaciones transnacionales.

Esta sensibilidad por las nuevas articulaciones de la diáspora de la que hace gala la autora es en buena parte consecuencia de su posición de enunciación, una posición móvil, provisional, todo menos distante y universal, atravesada por los vaive-

nes e interrupciones de la experiencia diaspórica. Ha sido la de Gloria Totoricagüena una investigación itinerante, dispersa, exhaustiva. Una investigación, sometida, como la diáspora, a un desplazamiento permanente. Estados Unidos, Australia, Bélgica, Argentina, Uruguay y Perú son los hitos de la expedición. Toca en esta reseña valorar si el periplo ha dejado huella en los resultados obtenidos. Hablo de periplo en la doble acepción del término, pues el periplo no sólo es un “viaje o recorrido, por lo común con regreso al punto de partida”. Es también el recorrido o trayectoria espiritual de una persona. No es otra cosa lo que ha defendido Stuart Hall, uno de los principales especialistas en estudios diaspóricos: no sólo se escribe *de* la diáspora como si de un objeto sociológico discreto se tratara, sino que se escribe *desde* un mundo social de la diáspora que produce el conocimiento como una práctica situada sometida a constantes interrupciones. Los estudios diaspóricos constituyen, en consecuencia, una suerte de ‘teorización’ que siempre se halla incrustada en mapas e historias particulares.

Pues bien, que la tierra de origen desempeñe, como lo hace en este libro, la función de conmutador, más allá de la más pasiva de tierra de promisión o regreso, tiene como consecuencia que se rompe, no sólo con los prejuicios o la carga mítica de la diáspora, sino también con determinadas asimetrías en las relaciones entre ésta y la tierra de origen, por ejemplo la que asigna una originalidad o autenticidad a la identidad que encarna el centro (quienes lo habitan) y la artificialidad o el “folklorismo” de las identidades diaspóricas. La pregunta es: ¿tiene el centro que aprender de la diáspora como la diáspora tiene que aprender del centro o es aquélla una entidad vicaria de ésta en términos de identidad, cultura y política? Considero, en este sentido, que si bien muestra el acierto de formular la pregunta, el trabajo de Gloria Totoricagüena no la lleva hasta sus últimas consecuencias.

Estas limitaciones son producto de que las preguntas en torno a las cuales gira la argumentación del libro apuntan no tanto al influjo de las identidades diaspóricas, es decir, del modo en que en la diáspora se articulan identidad, cultura y política, cuanto a lo que permanece inalterable, la identidad vasca, y a los procesos que aseguran su reproducción. Las que siguen son algunas de las cuestiones que plantea la autora a lo largo del libro: ¿Cómo es que vascos provenientes de lugares tan dispares tienen más en común de lo que tienen de diferente? ¿Por qué hay tanta homogeneidad y consenso en sus puntos de vista hacia el etnonacionalismo y el mantenimiento de la identidad étnica, siendo tan diferentes las sociedades de acogida?

La respuesta a estas preguntas, que constituye la hipótesis del libro, es que la migración en cadena (*chain migration*) y la constante interacción con el país de origen a través de vínculos transnacionales han servido de estructura de reproducción y plausibilidad de la identidad vasca. El análisis se decanta, pues, hacia los procesos y mecanismos de una identidad que se da por supuesta (la identidad vasca) o bien a las transformaciones que sufre en la diáspora la definición de vasquidad, pero nunca a la producción *ex novo* de una nueva identidad ni mucho menos a la posibilidad de que la experiencia diaspórica suponga la relativización o deconstrucción del concepto mismo de identidad. El libro arrastra, en este sentido, si se me permite la expresión, cierta nostalgia del centro, hasta el punto de que se sostiene la hipótesis de que en cuestiones de identidad, la intensificación de los contactos entre la diáspora y el centro, es decir, la “institucionalización” de la diáspora, haría posible el paso de un nacionalismo anclado en el exclusivismo sabiniano y una definición incólume de identidad vasca vinculada a diacríticos como la raza, el lenguaje y la religión, a un nacionalismo más cívico e integrador y una definición más incluyente de identidad. En suma, a un nacionalismo y una vasquidad más instrumentales que primordialistas.

Ahora bien, pese a situarse dentro de un paradigma moderno, que, por loable que sea “políticamente”, no pone en cuestión el concepto mismo de identidad y las nociones de subjetividad, conciencia, o racionalidad a ella asociadas, los resultados de la investigación son de una gran relevancia y aportan novedad respecto de anteriores aproximaciones a la diáspora. Destacaré en este sentido el novedoso intento de acercarse sin prejuicios a la metodología y los referentes teóricos de los estudios culturales (disciplina denostada por sus hermanas mayores, la antropología, la sociología y la ciencia política).

Uno de los hallazgos del libro es el análisis de los mecanismos discursivos y materiales para la producción y el mantenimiento de la identidad vasca en la diáspora. Esta es sin duda la parte más novedosa del libro, la referencia a la manipulación de soportes materiales para la inscripción de las identidades sociales. La casuística es amplia y variada, pero entra en el rubro de lo que algunos autores han denominado el nacionalismo banal. Expresión irónica por cuanto no se refiere a la debilidad de lo banal, sino a la fortaleza que muestra como aquello que por cotidiano no es problematizado. Los pasajes más jugosos del libro pertenecen al capítulo cinco (*Basque Ethnicity Affirmation and Maintenance*) en el que se aborda de forma muy original la identidad vasca como etnicidad “leisure-time” (lúdica) y nacionalismo banal que en nada tienen que envidiar, como la autora demuestra con pertinencia, a referencias identitarias y políticas de una aparente mayor enjundia.

Destaca también el relevante papel que han desempeñado las *Euskal Etxeak* en la (re)producción social de la identidad vasca en la diáspora, así como las transformaciones que han sufrido, respecto de las funciones que ejercían antaño, en una sociedad tan privatizada como la contemporánea. Si los primeros vascos de ultramar necesitaban los servicios suministrados por los centros vascos, las generaciones actuales son consumidores opcionales de determinados servicios. La socialidad en las *Euskal Etxeak* se ha transformado de forma extraordinaria como reflejo del cambio social: la constante interacción cara a cara de tiempos pasados ha sido reemplazada por reuniones esporádicas, más o menos formales, festivales anuales o, en caso extremo, una hoja informativa. La misma institución que impartía clases del idioma del país de acogida y resolvía problemas habitacionales y laborales, ha pasado a promover investigaciones en la herencia cultural, impartir clases de euskera, editar folletos turísticos y organizar viajes a Euskal Herria.

Entre las prácticas culturales y sociales que coadyuban a articular una identidad vasca, la autora hace referencia a algunas que son profundamente performativas como la música, la cocina, el deporte y la lengua. Haré referencia a un ejemplo muy llamativo que muestra cómo opera lo cotidiano en la conformación de las identidades: el resurgir del uso de nombres vascos (p. 139) marca una frontera étnica para el resto de la vida de la persona, una frontera o marca que se actualiza como un constante recordatorio del ser vasco, de la diferencia o marca étnica, cada vez que, especialmente en las sociedades anglófonas, el nombre ha de ser deletreado, explicado y pronunciado correctamente. Este tipo de identidades simbólicas, inscritas en una matriz cotidiana, tienen un carácter voluntario y situacional de las que las identidades tradicionales, más adscriptivas, inconscientes y obligatorias, carecen. No obstante, este elogio de lo banal, en la más pura tradición de los estudios culturales, no se lleva hasta sus últimas consecuencias. Esto sucede cuando reaparece lo “serio”: la política.

A veces la cultura y la política (términos que junto a la identidad se consignan en el título) no emulsionan bien, de suerte que se produce una asimetría entre la política y la cultura. Es el caso. En las páginas finales del libro se insiste en que uno de

los rasgos principales de la identidad vasca en la diáspora es su escasa *saliencia* política, cuando no la carencia de ella. Se afirma que las comunidades diaspóricas no han sido políticas porque no se han preocupado por la política del país de origen. Las actitudes “políticas” de la diáspora vasca son más etno-nacionalistas que político-nacionalistas: se centran en objetivos culturales (aspectos culturales e históricos de la identidad) y no tanto políticos. Las organizaciones vascas parecen haber provisto de entornos *políticamente estériles* que han incorporado a su lógica a todas las generaciones y todas las ideologías (p. 201), hasta el punto de que muchos de los entrevistados afirman que los centros son deliberadamente apolíticos para evitar dividir a sus miembros. Conclusión: habida cuenta de la preferencia por el etno-nacionalismo sobre la política nacionalista y su proclividad a hacer prevalecer factores culturales frente a los políticos es probable que la diáspora vasca no se vincule a redes políticas transnacionales.

Pero, ¿de qué política se está hablando? ¿Cuál es la política de la diáspora que subyace en la afirmación de que la diáspora es apolítica o no política? ¿Cuál es la cultura política de la diáspora? En *Identity, Culture, and Politics in the Basque Diaspora*, la “parte” política, termina por eclipsar la “parte” cultural, y con ella toda cultura política alternativa, o lo que es lo mismo, toda posibilidad de definir culturalmente lo político como “otro”, más allá de la política institucional y partidocrática, lo que la ciencia política ha definido como la Estructura de Oportunidad Política.

Quizá la gran aportación de la diáspora sea precisamente la definición de una nueva *cultura política*, de aquello que en la sociedad “cuenta como político”. La cultura política es el dominio de las prácticas e instituciones que históricamente han sido consideradas como *propriadamente* políticas, del mismo modo en que otros dominios han sido considerados como “económicos”, “sociales” y “culturales”. La política de la diáspora es la recomposición de la simetría (y el antagonismo) entre lo cultural y lo político.

En suma, el trabajo de Gloria Totoricagüena es un estimulante, aunque a la postre se quede corto, precedente para que los estudios culturales terminen por tener carta de naturaleza en el ámbito de las ciencias sociales de nuestro entorno. Digo que se queda corto porque por más que se inspire en los estudios culturales termina prevaleciendo en la investigación un “retorno a lo político reprimido” en forma de una chata Estructura de Oportunidad Política. Ello impide acogerse a la reconsideración de lo político que han hecho los estudios culturales, los estudios postcoloniales y también los estudios diaspóricos. Por ejemplo, la sustitución de una concepción institucional y partidocentrada de la política por una política de la identidad que, entre otras cosas, politiza la etnicidad. Aunque apunta a ello más que cualquier análisis precedente, esta por lo demás modélica investigación no alcanza a convalidar los estudios vascos sobre la diáspora en la *diáspora académica* de los estudios culturales. Aunque en su descargo hay que decir que no ha tenido por qué ser ésta su intención. Ciertamente es, no obstante, que estudios tan exhaustivos como el presente abonan el terreno para un cambio de paradigma más o menos inminente en torno a las relaciones entre identidad, política y cultura.

Iñaki Martínez de Albéniz